
PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

ALGO SOBRE VIBRACIONES Y SUGESTIÓN

En las sesiones teosóficas y espiritistas, así como en sus publicaciones, se habla mucho y muy á menudo, de FLUÍDOS. Es esto muy explicable, si se tiene en cuenta que el magnetismo es la única base visible y tangible de toda manifestación ultra física y super-orgánica.

La interpretación que vulgarmente se dá á la palabra FLUÍDO, me induce á dedicarle este breve estudio, despojado de todo tecnicismo que solo sería la recopilación de importantes trabajos, yá muy bien conocidos por los que se interesan por tan trascendental cuestión.

Por otra parte, me siento inclinado á creer que, el método más propicio para el estudio del psiquismo, consiste probablemente en hacer caso omiso, momentáneamente, de todo aquello que pueda haberse dicho al respecto y de las conclusiones á que puedan haber arribado otros estudiosos, porque, lo más acertado es no encontrarse bajo la influencia de ninguna teoría ú opinión.

Esto es necesario, primeramente porque hay que alejar hasta la sombra de una importuna sugestión, y luego, porque la ciencia psíquica aún no posee procedimientos analíticos determinados y ni siquiera, como lo he dicho, una base segura de operaciones.

Sin embargo, á pesar de tan grandes dificultades, se practican constante-

mente estudios é investigaciones que tienen por resultado la constatación de hechos que, aunque no tengan al parecer conexión alguna entre sí, á fuerza de reunirlos y acumularlos, deben concluir por darnos la clave que nos permita descifrarlos, determinando así un punto de base para su producción.

De lo que, por ejemplo, ya no podemos dudar, es de la existencia de peculiares vibraciones que se escapan á nuestros sentidos ordinarios, pero que pueden ser percibidas por algunos individuos dotados de facultades sensoriales más refinadas,—ó quizás desequilibradas,—que las que posee la generalidad y también por animales irracionales diferentemente organizados.

Algunos, entre estos últimos, poseen el sentido de la orientación, como hemos podido comprobarlo en las palomas viajeras y en los perros de caza.

Ya está del todo rechazada, la intervención de la facultad visual, en la realización del fenómeno de la orientación, por haber demostrado numerosas esperiencias que, en muchos casos, como por ejemplo, entre poblaciones lejanas, divididas por valles y altas montañas, no puede ser el sentido de la vista el que guía el vuelo de la paloma, sinó una peculiar sensibilidad que probablemente es la percepción de las múltiples y variadas corrientes magnéticas ó electro-estáticas que constituyen la atmósfera del espacio.

Estas corrientes son vibraciones cuyo número y modalidades escapan á nuestra inteligencia, aunque sea lógico suponer que obedecen á una causa primera.

La vida es una y universal, y la incalculable variedad de sus manifestaciones, obedece y responde, sin duda, á múltiples y desconocidas vibraciones de la materia esencial.

Todo vibra, porque sin movimiento no hay vida, y la *no vida* no existe y toda manifestación responde á una vibración emanada de una causa ó fuerza inteligente en una escala de grados infinitos.

El misterioso potencial, el yo supremo, que constituye al hombre pensante, no es una entidad flúidica, sinó una fuerza inteligente que produce y rige la vibración que inicia, forma y desarrolla al hombre físico, forma material visible del hombre real é invisible.

Cuando nuestro potencial, se halla en condiciones de actuar en el plano físico, se vale, en primer término, del aparato cerebral y con su concurso produce y desarrolla vibraciones que se transmiten, como las de los aparatos Marconi, de cerebro á cerebro, y que todos, en diferente escala, reciben, algunos perciben y muy pocos pueden apreciar.

La misma vibración produce el mismo color, sonido y forma geométrica y el mismo pensamiento, con igual fuerza, causa la misma vibración, que comunicándose de cerebro á cerebro, determina idéntica impresión, explicándose así el fenómeno comprobado de la transmisión del pensamiento.

Así como el oído educado distingue la nota que corresponde á cada instrumento en una sinfonía á toda orquesta; así como la vista experta nota las diferentes gradaciones de los colores; así puede un sensitivo no distinguir, pero sí sentir, la esencia de diferentes pensamientos, gracias á la recepción de las vibraciones que ellos provocan.

Esta es la verdadera causa de la simpatía ó de la antipatía instantáneas que experimentamos en presencia de un desconocido, y no porque intervenga un cambio de fluidos nos sentimos agradable ó desagradablemente impresionados, sino porque las vibraciones producidas por el pensamiento nos transmiten inconscientemente la impresión recíprocamente producida.

La fuerza que el magnetizador parece transmitir, es la misma que, por comparación, transmitiría un hombre empujando un cuerpo inerte: una rueda, por ejemplo. Esta no recibe ninguna sustancia, pero recibe fuerza que se traduce en movimiento; el que empuja se cansa, porque gasta energía, pero la rueda, recibido el empuje, rodará sola, mayor ó menor tiempo, según la fuerza á ella impresa.

Esto, según mi modo de ver, es lo que debe entenderse por fluidos magnéticos, y no una indeterminada clase de sustancia, como vulgarmente se cree.

Lo que en todo esto media es dinámica, fuerza dinámica, movimiento y nada más. Esta dinámica depende de la voluntad del magnetizador, quien, en determinadas circunstancias, se apodera del cerebro del sugeto y le imprime las sensaciones y energías que el experimenta, no por transmisión de fluidos, sino por medio de vibraciones que restablecen, modifican ó alteran las que constituyen la fuerza nerviosa ó vital del mismo sugeto.

Todo en magnetismo es sugestión; consciente ó inconsciente, es sugestión.

Pero no debe considerarse ésta como una simple palabra, sino como una fuerza real y positiva que debe su mayor ó menor poderío á la voluntad. Y la voluntad, á su vez, no es una entidad puramente abstracta, sino una potencialidad que debe su mayor ó menor poder expansivo á muchos coeficientes, que no es del caso examinar.

Lo que debe entenderse por fluido es simplemente la modificación de la fuerza vital universal que constituye la vida una, y que compenetrando al

hombre lo mismo que á todo lo existente, obedece á su voluntad para modificar sus manifestaciones.

Para hacer una comparación que facilite la comprensión de mi pensamiento, diré que sucede con nosotros lo que pasa en el mar con un vapor que navega. El agua que en sus calderas se transforma en fuerza motriz, es la misma agua que rodea su casco y que mientras á uno proporciona un poder dinámico de quince mil caballos, á otro solo presta uno de quinientos—según la mayor ó menor perfección y capacidad de su maquinaria y calderas. En el hombre la maquinaria es el cerebro y sus órganos volitivos son las calderas. Este, toma del mar etéreo la parte de fuerza que puede transformar en vida, pudiendo transmitir á otro, con el concurso de su voluntad, parte de esa misma fuerza.

El hombre es un acumulador de la electricidad estática, es un centro activo que la transforma de mil modos, gracias al concurso de sus facultades intelectuales, físicas y morales. Podría decirse que es un aparato receptor pasivo é inconsciente, y que, en una escala indefinida, llega á ser un aparato transmisor inteligente.

La sugestión, que es todo un misterio en cuanto al alcance de su poder y de su *modus operandi*, es la fuerza que interviene en todos los fenómenos hipnóticos y en muchas manifestaciones individuales y colectivas.

Poder pensar de modo que se produzca el fenómeno de la verdadera sugestión, es quizás bastante más difícil que la supuesta operación del cambio de fluidos. Con la voluntad se puede hasta detener la muerte, salvo se entiende en el caso en que no se opongan las inquebrantables leyes de la naturaleza. En el mismo trance difícil, no se escapa aquel que desea ó espera vivir, sino el que tiene bien grabada en su cerebro la convicción de no morir.

Quien está seguro de salvar de un salto una zanja, la salva; y quien desconfía ó titubea, se cae dentro.

Si la mayoría de los hombres no alcanza el término natural de la vida, débese probablemente atribuir á que la mayoría empieza á sentir miedo á la muerte, mucho antes del tiempo en que ésta debería naturalmente producirse.

El poder sugestivo, es decir, la facultad de crear ideas en otro cerebro, es común á todos, pero en proporciones diferentísimas. Se envía el pensamiento ó sean las vibraciones volitivas, como se puede lanzar una piedra; hay quien la hace llegar á diez metros y hay quien alcanza á los cien.

Es sabido que los colores son el producto de la variedad de vibraciones; pues bien, saliendo por un momento del campo positivista y entrando en el

de la teosofía, encontramos que, gracias á sus especiales métodos de investigación, ella ha descubierto que el *aura psíquica* que emana del hombre, varía de forma y de color, según la clase y la intensidad del pensamiento. Demuestra esto que se trata realmente de vibraciones, puesto que á ellas corresponde la variedad de formas y de colores. Un buen pensamiento, una noble aspiración produce bienestar, y uno contrario, altera el estado físico y mental y esto es debido á la diferencia de vibraciones que uno y otro provocan.

De lo expuesto resulta que por fluido no debe entenderse una entidad sustancial, sino una infinita modificación de vibraciones provocadas por la voluntad, primera manifestación del espíritu.

El universo entero no es más que la manifestación de las vibraciones del pensamiento eterno y supremo, que es la causa y la esencia de la vida universal.

MANUEL FRASCARA.

M. S. T.

LA UNILATERALIDAD PSICOLÓGICA EN LOS SABIOS OFICIALES

La ciencia, como todos los productos de las manifestaciones superiores del espíritu humano, se perjudica por la imposición de un código que circunscriba, con criterios sectarios, sus horizontes; la ciencia, si quiere ser digna de tal nombre, no debe ni puede restringir su propio campo de acción y de investigación prefijándose rumbos y métodos que impliquen la negación *apriorista* de otros rumbos y otros métodos.

Sin embargo, el fenómeno contrario suele producirse en la esfera científica y es precisamente con los estudios psíquicos y sociológicos que este hecho, revestido por los caracteres más evidentes del absurdo, alcanza las más ilógicas proporciones.

Efectivamente; es en terreno de la psicología y de la sociología donde los intereses del mundo oficial pueden ser perjudicados por la exposición de nuevas teorías é interpretaciones que determinen ó cooperen á determinar la remoción de los cimientos de las creencias y de la economía oficiales. Por esto las otras

ciencias, cuya revolución no constituye un peligro ó una amenaza para las conveniencias morales ó materiales del mundo oficial, están inmunes de una orientación ó limitación forzada. No puede, sino de una manera escepcional é indirecta, serle perjudicial el descubrimiento de una ley física ó astronómica ó el invento de un nuevo método quirúrgico; pero puede serle molesta y perjudicial la nueva interpretación de un determinado fenómeno psíquico porque destruye una falsa creencia religiosa, ó la explicación heterodoxa de una ley sociológica porque compromete su estabilidad social.

De allí que en cada una de estas dos ramas científicas, haya dos tendencias con intereses é ideales opuestos, divorciadas por los móviles sustancialmente diferentes que guían á sus representantes.

Los unos son mantenidos por el mundo oficial que les costea sus estudios y les compra sus lecciones, exigiéndoles implícitamente la defensa de los dogmas corrientes, hácia los cuales, por otra parte, son encarrilados sus cerebros por ese ritmo que es una modalidad peculiar á los estudios oficiales y cuya resultante forzosa es el unísono psicológico en la colectividad y la unilateralidad psicológica en el individuo.

Los otros son rebeldes intelectuales por tendencia confirmados en su rebeldía por una educación libre y libremente dirigida según las naturales orientaciones del espíritu, con exclusión de toda ruta trazada de antemano, y llegan á conclusiones diversas, cuando no opuestas, á las de los sabios oficiales.

Aquellos tienen su punto de vista preestablecido y el panorama de los fenómenos y las teorías no puede dibujarse en su retina más que por un solo lado; éstos no tienen puntos de vista *apriorista* encaran el problema en la forma que mejor les conviene para la mayor intensificación de sus investigaciones y pueden ver el panorama por todos sus lados y en todas sus modalidades intrínsecas y extrínsecas.

Los primeros son los portavoces del criterio científico oficial, que es, necesariamente, conservador; los segundos son los heraldos del criterio científico independiente, que es, necesariamente, revolucionario. De aquéllos la humanidad tiene muy poco que esperar: su misión es impedir que la ciencia plante sus estandartes más allá de dónde conviene plantarlos; de éstos debe esperarlo todo, pues tienden precisamente á romper toda barrera que intente oponerse á la libre investigación de lo desconocido—que, desgraciadamente es mucho más que lo conocido.

Y en esta lucha, la historia, con sus sabias enseñanzas, tranquiliza. Ella dice que todas las doctrinas innovadoras cimentadas por una ó más verda-

des científicas acaban por romper los viejos moldes del dogmatismo oficial y triunfar.

Y cuando los innovadores son legión y se llaman Reclus ó Richet, Ferri ó Reichembach, Letourneau ó Rochas, es necesario estar ciegos para no ver que algo nuevo y estable debe producir el criterio científico independiente.

JOSÉ INGEGNIEROS.

LA UNIDAD

(De la "Science occulte")

Si la enseñanza científica europea está generalmente en contradicción con los corolarios de la doctrina esotérica, podemos al menos constatar que el punto de partida, la base de esta doctrina, está confirmada por las leyes generales sobre las cuales reposan todos los conocimientos positivos del Occidente.

El principio fundamental del ocultismo es la *Unidad original y final* de todo lo que existe. Que haya entre las diversas categorías de la materia diferencias más considerables de las que nosotros ni aún podemos concebir, ello no impide al Universo ser *Uno* en su esencia. La Unidad es su origen, su fin; todas las diferencias que percibimos alrededor de nosotros, no son sino modificaciones de una misma sustancia como lo afirman los naturalistas; ellos no reposan sinó sobre la forma, y las formas pasan, se alteran, se desvanecen para siempre. El universo fenomenal es la *Maya*, la ilusión; la sola realidad eterna, inmutable, es la sustancia universal, no diferenciada, (el *incognoscible* para Herbert Spencer, *Parabrahm* para los orientales) de donde procede y á donde vuelve todo lo que existe.

Aunque, por el momento, nuestra intención no sea examinar el ocultismo bajo el punto de vista científico, creemos útil señalar las confirmaciones del dato fundamental sobre el cual reposa, por toda la série de conocimientos humanos.

Las recientes aplicaciones del análisis espectral al estudio de las estrellas

y de las nebulosas más lejanas, nos hacen saber que estos cuerpos celestes tienen casi la misma composición química de nuestro sol y sus planetas. Por lo demás, la teoría de Laplace, admitida por todo el mundo sabio, reduce, en último análisis, el Universo sideral á una masa nebulosa única. Debemos agregar, también, que la ciencia actual no conoce ninguna ley, ninguna fuerza, susceptibles de impedir el acercamiento progresivo de todos los cuerpos estelares y su reunión final en un sólo blok, conforme á la ley de atracción. Gran cantidad de hechos observados,—la aceleración secular del movimiento de la luna, entre otros, así como el aspecto general del Universo estrellado y la conformación de las nebulosas,— vienen á confirmar la terrible hipótesis de la reunión final de toda materia, conviniendo en ella, á pesar de su repugnancia, muchos astrónomos de primer orden y sir John Herschel el primero.

La física reconoce hoy que todas las fuerzas naturales no son sino las manifestaciones de un sólo agente misterioso, Proteo intangible, que anima todo el Universo, y numerosos químicos piensan desde hace largo tiempo que todos los cuerpos son reductibles á un último elemento.

En fin, la historia natural y la biología han llegado, es su esfera, á un resultado análogo. El francés Juan Lamarck, en el siglo último, Darwin, en nuestros días, han echado abajo la barrera de las especies que separaba á los seres vivientes; y, recientemente, la demostración científica de la unidad de oríjen de los tres reinos, mineral, vegetal y animal, acaba de ser hecha por M. Marchand, quien en su botánica cryptogámica, dá la fórmula del cuerpo intermediario que los une.

De modo, pues, que el Universo que vemos, así como todas sus manifestaciones imperceptibles á nuestros sentidos y á nuestra conciencia, proceden, por emociones sucesivas, de una *sustancia única*: la materia no diferenciada, no manifestada. El absoluto ha venido á ser el relativo, la unidad se ha transformado en pluralidad, lo subjetivo en objetivo. Cada uno comprende, en efecto, que la Unidad excluye toda manifestación, todo fenómeno; la más simple relación exige por lo menos un sujeto, un objeto. Bien que la unidad no sea la nada,—sino al contrario la existencia perfecta,—para nuestras limitadas percepciones, se confunde, sin embargo, con ella.

Las emanaciones sucesivas de la *Sustancia Una*, que constituyen el Universo, caen de más en más en la relatividad, la objetividad, la pluralidad, á medida que ellas se alejan del punto de partida; y todos los datos científicos nos demuestran que el Universo sideral se ha formado según aquel procesus.

Sería muy fácil probar matemáticamente que la ley de gravitación no es sino la reacción de un acto primordial, irradiando, á través del espacio, una

infinidad de átomos salidos de un centro único; pues la gravitación obra en sentido inverso de la irradiación. Una vez los átomos esparcidos en el espacio, la acción de la ley de Newton basta para explicar sus agrupamientos en nebulosas, la constitución de los sistemas solares, la producción del calor, de la electricidad, de la luz, de la vida.

No queremos fastidiar al lector, con demostraciones matemáticas y físicas; pero, todas las personas del oficio reconocerán que la gravitación, base del Universo sideral y de las ciencias humanas, deriva necesariamente de la irradiación, en todo sentido, de los átomos, fuera de un centro común de origen.

El Principio de la *Unidad original* y sus consecuencias inmediatas, son, pues, absolutamente confirmados por todas las ciencias, por la lógica y por la observación.

LUIS DRAMARD

M. S. T.

IGNORANCIA MODERNA SOBRE LA FUERZA VITAL

Antigüedad de la teoría de la correlación de fuerzas (1)

Nuestros físicos se muestran muy envanecidos de los descubrimientos de nuestro siglo, y entonan himnos de alabanza mútua. La elocuencia de estilo que brilló en sus cátedras, su florida fraseología, sólo necesitan una leve modificación para convertir sus discursos en sonetos melodiosos. Nuestros modernos Petrarcas, Dantes y Torquatos Tassos rivalizan en efusiones poéticas con los antiguos trovadores. En su ilimitada glorificación de la materia, cantan la amorosa unión de los átomos errantes, y su afectuoso cambio de protoplasmas, y se lamentan de la coqueta volubilidad de las «fuerzas», las cuales de una manera tan provocadora juegan al escondite con nuestros graves profesores en el gran drama de la vida, llamado por ellos «correlación de fuerzas». Proclamando á la materia única y autocrática soberana del Uni-

(1) Este trabajo es un fragmento de la obra de H. P. Blavatsky: «Isis sin Velo»—N. de la D.

verso Infinito, quieren divorciarla forzosamente de su consorte, y colocar á la gran reina viuda en el gran tono de la naturaleza que ha quedado vacante por haber sido desterrado el espíritu; y con este motivo se desviven para hacerla tan simpática como sea posible, incensándola y adorándola en el altar que ellos mismos le han erigido. ¿Han olvidado, ó acaso desconocen ellos por completo el hecho de que, en ausencia de su legítimo soberano, este trono no es más que un sepulcro blanqueado, dentro del cual todo es podredumbre y corrupción? La materia, sin el espíritu que la vivifica y del cual ella es sólo la «purgación grosera», empleando una espresión hermética, es únicamente un cuerpo inanimado; un cadáver, cuyos miembros, para ser movidos en direcciones predeterminadas, requieren un operador inteligente en la gran batería galvánica llamada VIDA!

¿En qué especialidad los conocimientos del presente siglo son superiores á los de los antiguos? Téngase en cuenta que cuando decimos *conocimientos*, no nos referimos á las claras y brillantes definiciones, que nuestros sabios modernos dán para las más frívolas nimiedades de cada una de las ramas de la ciencia exacta; ni aquella facilidad con que aplican un término apropiado para cada detalle, por insignificante y microscópico que sea; un nombre para cada una de las arterias y venas, tanto del organismo humano, como del animal; una denominación para cada célula, filamento y minuciosidad de una planta; sino, á la filosófica y acabada espresión de cada una de las verdades de la naturaleza.

Los más grandes filósofos de la antigüedad son acusados de ligereza y de superficialidad en el conocimiento de estos detalles referentes á las ciencias exactas, detalles de los cuales los sabios modernos tanto se envanecen. Platón es acusado por varios de sus comentadores, de rematado é ignorante en punto á la anatomía y funciones del cuerpo humano; de no haber sabido una palabra tocante al uso de los nervios para transmitir las sensaciones; y de no haber hecho nada más que esponer varias especulaciones en todo lo concerniente á cuestiones fisiológicas. Se ha limitado sencillamente á generalizar las divisiones del cuerpo humano, dicen ellos, y nada nos ha dado que nos recuerde algún dato anatómico. En cuanto á sus propias opiniones acerca de la estructura humana, siendo el microcosmo, según su modo de pensar la imagen en miniatura del macrocosmo, son demasiado trascendentales para que nuestros escépticos, exactos y materialistas, presten á ellas la menor atención. La idea de que este organismo esté, lo mismo que el universo, formado de triángulos, parece soberanamente absurda y ridícula, á varios de sus traductores. Uno solo de éstos, el profesor Jowett, en su introducción al *Timæus*,

hace observar sinceramente que el moderno físico filósofo «difícilmente concede á sus ideas (de Platón) el mérito de ser *los huesos de hombres muertos*, de los cuales se ha remontado á conocimientos más superiores»; (1) olvidando lo mucho que la metafísica de los tiempos antiguos ha favorecido á las ciencias «físicas» de nuestros días. Si en lugar de disputar sobre la insuficiencia, y á veces de la falta de palabras y definiciones estrictamente científicas en las obras de Platón, nosotros las analizásemos detenidamente, en el *Timæus* tan sólo, encontraríamos en un espacio tan limitado los gérmenes de cada uno de los nuevos descubrimientos. La circulación de la sangre y la ley de la gravitación están allí claramente mencionadas, aunque la primera no está quizás tan perfectamente definida para que pueda resistir los reiterados ataques de la ciencia moderna; pero según Jowett, el descubrimiento específico de que la sangre sale de un lado del corazón por las arterias, y vuelve al otro por medio de las venas, era desconocido para él, aunque Platón sabía perfectamente «que la sangre es un fluido en constante movimiento».

El método de Platón, como el de la geometría, consistía en descender de lo universal á lo particular. En vano la ciencia moderna busca una primera causa entre los cambios moleculares. Platón la buscó y la encontró en medio del majestuoso curso de los mundos. Bastábale conocer el vasto plan de la creación y poder seguir los más importantes movimientos del Universo, á través de sus cambios hasta su fin. Los minuciosos detalles, cuya observación y clasificación han exigido y demostrado toda la paciencia de los sabios modernos, apenas ocupaban la atención de los antiguos filósofos. De aquí, que mientras que un niño de la quinta sección de una escuela inglesa, puede charlar sobre cosas de poca monta en las ciencias físicas, mucho mejor que el mismo Platón, en cambio el más torpe de los discípulos de este filósofo, dejaría muy atrás al profesor más encopetado de la Academia más flamante de nuestros días, en lo referente á las grandes leyes cósmicas y sus relaciones mutuas, y demostraría estar más familiarizado y tener más dominio sobre las fuerzas ocultas que dentro de aquellas se esconden.

Este hecho tan poco apreciado, y sobre el cual jamás han hecho hincapié los traductores de Platón, es motivado por las propias alabanzas con que nosotros, los modernos, nos favorecemos á espensas del filósofo y de sus compañeros. Sus pretendidos errores en anatomía y en fisiología son enormemente exagerados con objeto de satisfacer nuestro amor propio, hasta el punto de que, al acariciar la idea de nuestra superioridad científica, perdemos de vista el esplendor intelectual que enaltece las pasadas edades; esto es lo

(1) B. Jowett, M. A. *Diálogos de Platón*, vol. II, pág. 505.

mismo que si uno en su imaginación, amplificase las manchas del sol hasta llegar á creer que el brillante astro queda totalmente eclipsado.

La poca utilidad de las investigaciones científicas modernas queda demostrada en el hecho de que, á pesar de tener un nombre para la más insignificante partícula del mineral, de la planta, del animal y del hombre, el más sabio de nuestros profesores es incapaz de decirnos nada definido acerca de la fuerza vital que produce los distintos cambios en varios reinos de la naturaleza. Para corroborar esta afirmación, es necesario buscar en otros lugares distintos de las obras de nuestras más eminentes autoridades científicas.

Se necesita no poco valor moral en un hombre de encumbrada posición científica, para hacer justicia á los conocimientos de los antiguos, frente á frente de la opinión pública, que no desea más que quitar á aquellos todo su mérito. Cuando nos encontramos con un caso de esta especie, depositamos de buena gana un ramo de laurel á los piés del sabio que tal muestra dá de valor y honradez. Tal sucede con el profesor Jowett, Director del Colegio Baliol y catedrático de Griego en la Universidad de Oxford, el cual en su traducción de las obras de Platón, hablando de «la filosofía física de los antiguos, como de un todo harmónico,» les hace las siguientes concesiones: 1.º «Que la teoría de la nebulosa era una opinión aceptada por los físicos más antiguos.» Por lo tanto, no puede haberse fundado, como asegura Draper, (1) en los descubrimientos telescópios hechos por Herschel I. 2.º «que el desarrollo de los animales procediendo de las ranas que aparecieron en la tierra, y el del hombre procediendo de los animales, fué sostenido por Anaxímenes, en el siglo sexto antes de J. C.» El citado profesor podía haber añadido que esta teoría era anterior á Anaxímenes, quizás de muchos millares de años; que era una doctrina aceptada entre los Caldeos, y que la evolución de las especies y la teoría darwinista del mono, tienen un origen antediluviano. 3.º «... que tanto Filalao como los antiguos pitagóricos sostenían ya que la tierra es un cuerpo parecido á los demás astros que se mueven en el espacio (2). Así Galileo, estudiando algunos fragmentos pitagóricos que, como Reuchlin ha demostrado, existían todavía en tiempo del

(1) «Conflictos entre la Religión y la Ciencia.» p. 240.

(2) «Plutarco,» traducida por Langhorne.

matemático florentino; (1) estando además familiarizado con las doctrinas de los antiguos filósofos, no hizo más que defender una doctrina astronómica que prevalecía en la India desde la antigüedad más remota. 4.º Los antiguos «... opinaban que las plantas tienen sexo lo mismo que los animales.» De modo que nuestros modernos naturalistas, no han hecho otra cosa que seguir los pasos de sus predecesores. 5.º «Las notas musicales dependen de la longitud relativa ó tensión de las cuerdas que las han producido, y son medidas por números.» 6.º «Las leyes matemáticas se extienden al mundo entero, y hasta se supone que las diferencias cualitativas tienen su origen en el número;» y 7.º «la anihilación de la materia era negada por ellos, y considerada únicamente como una transformación. (2) «Aunque alguno de estos descubrimientos puedan ser considerados como hábiles conjeturas,—añade Mr. Jowett—difícilmente podemos nosotros atribuir las á meras coincidencias.» (3)

En resúmen, la filosofía platónica era una filosofía de orden, sistema y proporción; abrazaba la evolución de los mundos y de las especies, la correlación y la conservación de la energía, la transmutación de las formas materiales, y la indestructibilidad de la materia y del espíritu. Bajo este último punto de vista, la filosofía platónica se ha adelantado considerablemente á la ciencia moderna, y corona la bóveda de su sistema filosófico con una clave á la vez perfecta é inamovible. Si es cierto que la ciencia ha hecho en estos últimos tiempos un progreso tan colosal, si nuestras ideas respecto de la ley natural son más claras que las de los antiguos, ¿por qué nuestras preguntas respecto de la naturaleza y fuente de la vida quedan sin contestación? Si los laboratorios modernos son mucho más ricos en frutos de investigaciones experimentales que los de los tiempos antiguos, ¿como se explica que no hayamos dado un sólo paso adelante, excepto en aquellos caminos que estaban ya trillados antes de la era cristiana? ¿y cómo se explica también que el punto más culminante que en nuestros tiempos hemos alcanzado, solo nos permita ver confusamente á lo lejos en el sendero alpino del saber, las prue-

(1) Algunos sabios Kabalistas aseguran que el original griego de las Sentencias pitagóricas de Sextus, que, según se dice actualmente, estan perdidas, existian todavía en un convento de Florencia en la época referida, y que Galileo estaba enterado de dichos escritos. Añaden además, que el célebre astrónomo tenia en su poder un manuscrito de Archytas (discípulo de Pitágoras) que versaba sobre Astronomía, y en el cual estaban contenidas las más importantes doctrinas de la escuela pitagórica. Si algún *Ruffinas* se hubiese apoderado de dicho manuscrito, no hubiera dudado en alterar su sentido, de la misma manera que el presbítero *Ruffinas* adulteró las sentencias de Sextus antes citadas, reemplazándolas con una versión fraudulenta, y pretendiendo hacer pasar como su autor á un cierto obispo Sextus. Véase la introducción de Taylor á la «*Vida de Pitágoras*» de Jámblico, p. XVII.

(2) Jowett: *Introducción al «Timæus»*, vol. II, p. 508.

(3) *Idem*.

bas monumentales con que los primitivos exploradores han señalado las metasetas en que ellos pusieron los pies?

Si tan adelantados están los modernos maestros respecto de los antiguos, ¿por qué no nos devuelven las artes perdidas de nuestros antepasados postdiluvianos? ¿por qué no nos proporcionan los colores inalterables de Luxor, la púrpura de Tiro, el brillante bermellón y el azul deslumbrador que decora las paredes de aquel sitio y que hoy día se conserva tan brillante como el día en que se aplicó? ¿por qué no nos enseñan el modo de preparar el cemento indestructible de las Pirámides y de los antiguos acueductos; la hoja de Damasco, que puede ser retorcida como un tirabuzón dentro de su vaina, sin romperse; los tonos vistosos é incomparables de los vidrios de color, que se hallan entre el polvo de las antiguas ruinas y brillan en los ventanales de las antiguas catedrales; y el secreto del verdadero vidrio maleable? Y si la Química apenas puede rivalizar ni siquiera con los primitivos tiempos de la Edad Media en algunas artes, ¿á qué viene hacer alarde de ciertos hechos que, según las mayores probabilidades, eran perfectamente conocidos hace millares de años? Cuanto más adelantan la arqueología y la filología, tanto más humillantes son para nuestro orgullo los descubrimientos que diariamente se realizan, y tanto más glorioso el testimonio que déponen en favor de aquellos que, quizás por razón de la remota antigüedad que les separa de nosotros, han sido considerados hasta ahora como unos ignorantes profundamente encenagados en el fango de la superstición.

¿Por qué hemos olvidado que muchísimo antes de que la proa del audaz genovés hendiese las aguas occidentales, las embarcaciones fenicias habían dado la vuelta al mundo, y llevado la civilización á regiones actualmente silenciosas y desiertas? ¿Qué arqueólogo se atreverá á asegurar que la misma mano que trazó los planos de las Pirámides de Egipto, Karnak, y otras muchas obras cuyas ruinas abandonadas están desmoronándose entre las arenosas orillas del Nilo, no pudo erigir el monumental Nagkon-Wat, de Cambodge, ó trazar los geroglíficos que se ven en los obeliscos y en las puertas de la abandonada población india recientemente descubierta en la Colombia británica por Lord Dufferin, ó bien las de las ruinas de Palenque y de Uxmal, en la América central? Las reliquias que en nuestros museos atesoramos—últimos recuerdos de «artes perdidas» mucho tiempo há,—¿no hablan elocuentemente en favor de la civilización antigua, y no son la prueba completa y repetida de que las naciones y continentes que existieron en otro tiempo, han enterrado juntamente con ellos varias artes y ciencias que ni el primer crisol calentado en un claustro de la Edad Media, ni la última

retorta rota por un químico moderno, han hecho ni harán revivir, al menos durante el presente siglo?

El profesor Draper concede generosamente que los antiguos «no dejaban de tener algunos conocimientos de óptica». En cambio, otros autores se los niegan rotundamente. «Las lentes convexas encontradas en Nimrod demuestran que no eran desconocidos para ellos los instrumentos de amplificación. (1)

¿Pues en qué quedamos? Si los antiguos no conocían tales instrumentos, todos los autores clásicos habrán mentido; porque cuando Cicerón nos dice que él ha visto toda la *Iliada* escrita en una vitela de un tamaño tal que, una vez arrollada, podía caber en el hueco de una cáscara de avellana, y Plinio nos asegura que Nerón tenía un anillo con un pequeño cristal por medio del cual contemplaba á distancia los espectáculos de los gladiadores, ¿podía la audacia ir más léjos? Verdaderamente, cuando oímos decir que Mauricio, desde el promontorio de Sicilia y á través del mar, podía ver la costa de Africa con un instrumento llamado *nauscopite*, debemos pensar, ó bien que todos estos testigos faltaban á la verdad, ó que los antiguos estaban mucho más familiarizados de lo que se supone con la óptica, y con las lentes de aumento. Wendell Phillips afirma que tiene un amigo que posee un anillo extraordinario «quizás de unos tres cuartos de pulgada de diámetro, y en el cual está representada la imágen desnuda del dios Hércules, pudiendo con ayuda de lentes, distinguirse el entrelazamiento de los músculos, y *contarse por separado cada uno de los pelos de las cejas*.

Raulinson llevó á su casa una piedra de unas veinte pulgadas de largo por diez de ancho, que contenía un tratado completo de matemáticas; era completamente imposible leer sus caracteres sin ayuda de una lente. En el Museo de Abbott existe un anillo de Cheops, que según los cálculos de Bunsen, data de 500 años antes de nuestra era, el sello de este anillo viene á ser del tamaño de un cuarto de dollar, y el grabado es *invisible* sin el auxilio de un vidrio de aumento. En Parma puede verse una piedra perteneciente á una sortija de Miguel Angel, el grabado de la cual tiene 2000 años de antigüedad, y representa las figuras de *siete* mujeres, necesitándose el auxilio de poderosas lentes para distinguir sus formas y detalles. De modo que el microscopio,—añade el ilustrado disertante—en lugar de datar de nuestros tiempos, encuentra sus hermanos en los Libros de Moisés, y estos son los hermanos menores.»

(1) «Conflicto entre la Religión y la Ciencia», p. 14.

Todos estos hechos no demuestran, al parecer, que los antiguos tuviesen únicamente «algunos conocimientos de Optica». Por lo tanto, disintiendo por completo sobre este punto del parecer del profesor Fiske y de su crítica de la obra *Conflicts, etc.*, de Draper, en su *Universo invisible*, el único defecto que encontramos en el admirable libro de Draper, es que, como crítico histórico, usa sus propios instrumentos ópticos de un modo poco acertado; mientras que para ponderar el ateísmo de Bruno el pitagórico, mira al través de lentes convexas, cada vez que habla de la sabiduría de los antiguos, evidentemente vé las cosas al través de lentes *cóncavas*.

Es realmente chocante y curioso el seguir en varias obras modernas las cautelosas tentativas llevadas á cabo por los cristianos piadosos, así como por los escépticos, á pesar de ser hombres muy ilustrados, para trazar una línea de demarcación entre lo que debemos creer y lo que no debemos creer en los autores antiguos. No se acepta de ellos la menor cosa, sin que á renglón seguido se haga la correspondiente salvedad. Si Estrabón nos dice que la antigua Nínive tenía cuarenta y siete millas de circunferencia, y aceptamos su testimonio, ¿porqué debe suceder lo contrario cuando atestigua lo referente al cumplimiento de las profecías sibilinas? ¿En dónde está el sentido común, cuando se llama á Herodoto «el padre de la Historia», y acto continuo se le acusa de nécia jerigonza, cuando relata ciertas maravillosas manifestaciones de las que ha sido testigo ocular? Tal vez, después de todo, esta prudencia es ahora más necesaria que nunca desde el momento en que nuestra época ha sido bautizada con el nombre de *siglo de los descubrimientos*. El desencanto que experimentarí la Europa, sería demasiado cruel. La pólvora, que por tanto tiempo se ha creído ser una invención de Bacón y de Schwartz, está ahora demostrado, y así consta en los libros de texto de las escuelas, que fué usada por los chinos, siglos antes de nuestra era, para allanar elevaciones de terreno y abrir las rocas. «En el Museo de Alejandría,—dice Draper,—existía una máquina inventada por Herón, el matemático, poco más de 100 años antes de J. C. Daba vueltas por medio del vapor, y tenía la forma de lo que ahora llamamos eolipilas. La casualidad no tiene nada que ver con la invención de las modernas máquinas de vapor.» (1) La Europa se enorgullece con motivo de los descubrimientos de Copérnico y Galileo, y ahora sabemos que las observaciones astronómicas de los Caldeos se remontan á un centenar de años después del diluvio, fijando Busen la época del diluvio nada menos que en unos 10.000 años antes de nuestra era. (2)

(1) «*Conflicts entre la Religión y la Ciencia*», páj. 311.

(2) «*Lugar del Egipto en la Historia Universal*», vol. V, páj. 88.

Además, un emperador chino, más de 2000 años antes del nacimiento de Cristo, y por consiguiente, en una época anterior á Moisés, condenó á muerte á sus dos principales astrónomos por no haber vaticinado un eclipse de sol.

Puede observarse, como un ejemplo de la inexactitud de las nociones corrientes respecto á las pretensiones científicas del siglo actual, que los descubrimientos de la indestructibilidad de la materia y de la correlación de fuerzas, especialmente este último, sean anunciados como uno de nuestros mayores triunfos. Es «el descubrimiento más importante de nuestro siglo», decía Sir William Armstrong en su famoso discurso como presidente de la Asociación Británica. Pero «este importante descubrimiento», no es, después de todo, ningún descubrimiento. Su origen, aparte de los rastros innegables que de él se encuentran entre los antiguos filósofos, se pierde entre las densas sombras de los tiempos prehistóricos. Sus primeros vestigios han sido descubiertos en las soñadoras especulaciones de la teología Védica, en la doctrina de la emanación y absorción, el nirvana, en una palabra. Juan Erigena ya indicaba esto en su atrevida filosofía durante el siglo octavo, é invitamos á cualquiera que desee convencerse por sí mismo de esta verdad, á que lea su *De Divisione Naturæ*.

La ciencia nos dice que cuando la teoría de la indestructibilidad de la materia (que dicho sea de paso, fué sustentada por Demócrito, hace muchísimo tiempo), fué un hecho demostrado, se hizo necesario estenderla á la fuerza. Ninguna partícula material puede jamás perderse; ninguna cantidad de la fuerza existente en la naturaleza, puede nunca desvanecerse, por consiguiente, se ha demostrado que la fuerza era igualmente indestructible, y que sus distintas manifestaciones ó fuerzas, bajo sus diversos aspectos, son susceptibles de convertirse las unas en las otras, siendo solo diferentes modos de movimiento de las partículas materiales. De este modo ha sido redescubierta la correlación de fuerzas. Ya en 1842, Mr. Grove concedía á cada una de estas fuerzas, tales como el calor, electricidad, magnetismo y luz, el carácter de convertibilidad, considerándolas capaces de ser, en un momento dado, una causa, y en el siguiente un efecto (1). Pero ¿de dónde vienen estas fuerzas, y á dónde van cuando las perdemos de vista? Sobre este punto, la ciencia no dice una palabra.

La teoría de la «correlación de fuerzas», aunque sea para nuestros contemporáneos «el descubrimiento más grande de la época», no puede dar razón, ni del principio ni del final de cualquiera de estas fuerzas; así como

(1) W. R. Grove: «Prefacio á la correlación de fuerzas físicas.»

tampoco es capaz de indicar la causa de las mismas. Las fuerzas serán convertibles, la una dará origen á la otra, y sin embargo, ninguna de las ciencias exactas es capaz todavía de explicar el *alpha* y *omega* del fenómeno. ¿Dónde está nuestra superioridad con respecto á Platón, quien, discutiendo en el *Timæus* las cualidades primarias y secundarias de la materia, (1) y la debilidad de la humana inteligencia, hace decir á Timæus: «Dios conoce las cualidades originales de las cosas; el hombre puede sólo esperar alcanzar la probabilidad?» No tenemos más que abrir cualquiera de las varias obras de Huxley ó de Tyndall, para encontrar exactamente la misma confesión; si bien aventajan á Platón en no tolerar que ni Dios mismo sepa más que ellos; y quizás sea en esto en lo que apoyan sus pretensiones de superioridad. Los antiguos hindos fundaron precisamente en aquella ley su doctrina de la emanación y absorción. El *To'Or*, el punto primordial del círculo sin fin, «cuya circunferencia no está en ninguna parte, y el centro en todas partes», emanando de sí mismo todas las cosas, y manifestándolas en el universo visible bajo múltiples formas; cambiándose éstas entre sí y combinándose, y después de una transformación gradual desde el puro espíritu (la «nada» de los Buddhistas) hasta la materia más grosera, empezando á retroceder y reaparecer gradualmente en su primitivo estado en lo cual consiste la absorción en el Nirvana, (2)—¿qué es ésto sino la correlación de fuerzas?

La ciencia nos dice que es posible demostrar que el calor desarrolla electricidad, y la electricidad produce calor; y que el magnetismo se convierte en electricidad, y *viceversa*. El movimiento—se nos dice,—resulta del movimiento mismo, y así sucesivamente, hasta el infinito. Esto es el A. B. C. del Ocultismo, y de los más antiguos alquimistas. Una vez descubierta y probada la indestructibilidad de la materia y de la fuerza, el gran problema de la eternidad está resuelto. ¿Para qué necesitamos ya el espíritu? Su inutilidad queda desde ahora demostrada científicamente (!)

H. P. BLAVATSKY.

(1) «*Timæus*,» p. 22.

(2) Empezando por Godfrey Higgins, y acabando por Max Muller, todos los arqueólogos y filólogos que han estudiado fiel y seriamente las antiguas religiones, han advertido que, tomadas en sentido literal, únicamente pueden conducirlos por un falso rumbo. El doctor Lardner ha desfigurado y adulterado las antiguas doctrinas—con intención ó sin ella—del modo más grosero. El *pravitti*, ó la existencia de la naturaleza animada ó en actividad, y el *nirvritti*, ó reposo, el estado no viviente, es una doctrina budhista esotérica. La «nada absoluta», ó no-existencia, traducida según su sentido esotérico, significaría el «espíritu puro» el INNAMIMADO, ó algo que nuestra inteligencia es incapaz de comprender, y por lo tanto, nada. Pero ya hablaremos de esto más adelante.

LAS CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL BUDDHISMO

El Buddhismo, anterior en algunos siglos al Cristianismo, es aún hoy la religión más difundida por el mundo, y el número de sus adherentes representa la cuarta parte de la Humanidad.

Háse confundido á menudo esta religión con la Teosofía, ó mejor dicho, se ha confundido con frecuencia la Teosofía con el Buddhismo, del mismo modo que confunden los ignorantes aquella con el Espiritismo.

La Teosofía no es el Buddhismo, el cual es tan sólo una de las Religiones de símbolos difundidas por el mundo; así como tampoco la Teosofía es el Espiritismo, aún cuando los fenómenos espiritistas, indudables y comprobados científicamente, cuando no son mera ficción de charlatanes, pertenecen á una ú otra de las ramas inferiores de la Ciencia Oculta.

La Teosofía no es una Religión. Pero puede hallarse algo de Teosofía bajo todos los símbolos y en todos los dogmas religiosos, por la sencilla razón de que es la *Religión-Ciencia*, de la que todas las religiones y todas las ciencias han nacido.

Para decirlo en pocas palabras: la *Teosofía* es la exposición doctrinal de las Verdades demostradas por la *Ciencia Oculta*.

Esta Ciencia es el resultado de los conocimientos referentes á las Leyes de la Naturaleza, adquiridos y comprobados á través de períodos de pasmosa cuenta para la ignorancia de las mentes occidentales, por un gran número de Adeptos, de unos á otros de los cuales ha sido transmitida hasta nuestros días, dejando penetrar en el vulgo sólo una parte correspondiente al estado de desarrollo de nuestras fuerzas intelectuales y espirituales.

Cuando en 1875 fué fundada por la señora H. P. Blavatsky y por el coronel Olcott la Sociedad Teosófica, reíase la gente de la Ciencia Oculta, considerándola como charlatanismo, capaz de engañar sólo á viejas y á aldeanos ignorantes y supersticiosos.

Hoy día, sin embargo, los sabios más eminentes y más serios se ocupan en ella, y empiezan á reconocer la gran superioridad y la profundidad prodigiosa de esa *Ciencia Oculta*, acerca de la cual, uno de los hombres más distinguidos de nuestra época, después de prolongados estudios y minuciosas investigaciones pudo escribir, sin temor de ser desmentido por los que *saben* y tienen buena fé.

«Los datos de las ciencias llamadas ocultas, son muy á menudo mucho más ciertos que los de la ciencia oficial; datos que el público mira como infalibles y que los verdaderos sabios distan mucho de considerar como tales» (1).

El que esto escribió *no es* miembro de la *Sociedad Teosófica*, sino UN HOMBRE DE CIENCIA, un espíritu leal, que reconoce la Verdad allí donde la encuentra, después de haberla buscado por los más severos métodos, y aún puede decirse que por los más ortodoxos.

Además, existe un fenómeno que ha de llamar la atención de todos los espíritus que piensan y razonan, y es que de veinte años á esta parte cada uno de los descubrimientos llevados á cabo por la *ciencia oficial*, cada paso dado hacia adelante, ha hecho entrar á nuestros sabios, que horrorizados se estremecen ante el hecho, en el terreno teosófico y oculto.

No siendo todas las Religiones sino manifestaciones de la *Verdad Unica*, más ó menos materializadas en símbolos, puestos al alcance del vulgo, según la época y el estado de desarrollo intelectual de los pueblos, no es de extrañar que encontremos algo de Teosofía en todas las Religiones, que sólo son hijas cuyas degeneradas, y particularmente cuando se trata de Budhismo, que es por decirlo así, la hija primogénita de aquella, la que mejor recuerda los rasgos característicos y el temperamento de su madre.

A los que deseen conocer la cuestión á fondo, bastará leer el *Catecismo Buddhista* del coronel Olcott que lleva ya treinta y dos ediciones; el *Budhismo Esotérico* de M. A. P. Sinnet; la *Clave de la Teosofía* (2), por H. P. Blavatsky, y por último, la colección del *Lotus Bleu* (3), donde esta cuestión y todo cuanto se refiere á la Teosofía y al Ocultismo científico se encuentran claramente expuestos por los más autorizados autores.

Más si el Budhismo es también una Religión exotérica, es decir, que oculta ciertas *Verdades* y determinados conocimientos de las *Leyes de la Naturaleza*, bajo el velo más ó menos transparente (conforme al desarrollo espiritual de aquellos que la practican) de los símbolos destinados á las masas, incapaces de penetrar en el fondo, es, entre todas las religiones conocidas, la que se ha mantenido más pura, la más elevada, la que mejor ha sabido conservar el reflejo de las Verdades eternas y de la Ciencia absoluta.

(1) Véase *Le Lotus Bleu* del 27 de Mayo 1894.

(2) Obra ya publicada en español, San Juan, 3 y 5, principal derecha, Madrid, Administración de la Revista Teosófica, *Sophía*.

(3) Organo oficial de la Teosofía en Francia, dirigido por el distinguido escritor Arthur Arrould, autor de la presente obra.—N. del T.

Por tanto, bajo este punto de vista, es útil é interesante dar á conocer las creencias fundamentales del Buddhismo, esclarecidas y comentadas con el auxilio de las enseñanzas de la Teosofía, basada repetimos, en el conocimiento científico de las leyes que rigen el Universo.

ARTHUR ARNOULD.

Los catorce artículos de las creencias fundamentales del BUDDHISMO

Las creencias fundamentales del Buddhismo, que cuenta con numerosas sectas, se apoyan, en parte, en los catorce artículos siguientes:

I.—DEBE PRACTICARSE LA MISMA TOLERANCIA, LA MISMA INDULGENCIA, EL MISMO AMOR FRATERNAL HACIA TODOS LOS HOMBRES INDISTINTAMENTE, Y UNA BONDAD INALTERABLE HACIA LOS SERES DEL REINO ANIMAL.

Este precepto, que no excluye raza, color ó religión alguna, y que comprende hasta los animales, no incluidos por otras religiones y particularmente por el Cristianismo, está basado en la siguiente afirmación de la Teosofía—afirmación científica al mismo tiempo—á saber: que todo cuanto existe es tan sólo uno de los aspectos, una de las formas transitorias de la Substancia Unica y del Espíritu Unico, de donde han salido y adonde han de volver todas las cosas, después de haber evolucionado desde los grados inferiores hasta los más elevados, á través de una série de experiencias sucesivas que todos los seres adquieren y acumulan.

La Fraternidad no es en este punto una simple aspiración sentimental, sino un hecho real. Todos hemos salido de la misma matriz universal. No existen *hombre*, sino *el hombre*: el mismo y único hombre. Las diferencias que nos separan y que constituyen la personalidad, sólo son aparentes y pasajeras; son la forma, tan poco duradera y tan variable como los distintos matices de luz en nubes de ocaso.

Más el fondo, la Esencia, lo que hay de permanente, es idéntico en todos los seres, sean cuales fuesen y sea cual fuere el grado de la interminable escala de la Evolución en que se encuentren.

Los animales se hallan en un grado inferior de la Evolución, y nada más

Por esa misma etapa hemos pasado nosotros; y de igual modo alcanzarán ellos el grado que hoy ocupamos, cuando nosotros háyamos subido mucho más.

Todo está enlazado en el GRAND TODO, desde los estados de materia tan compactos, que no puede aún la Ciencia formarse idea de ellos, hasta los estados más sutiles que tampoco comprende en la actualidad.

¿Quién de nosotros no se indignará ante la idea de que el animal haya sido creado sensible é inteligente sólo para sufrir, verse maltratado, explotado, sometido á torturas, sin porvenir, sin compensación ni provecho alguno? Esto sería el sufrimiento por el sufrimiento, el mal por el mal; y lo que suleva el sentimiento de justicia en el hombre, no puede ser jamás ley del Universo.

II.—EL UNIVERSO HA SIDO DESARROLLADO Y NO CREADO; FUNCIONA CONFORME Á LA LEY, Y NO POR CAPRICHOS DE DIOS ALGUNO.

La Teosofía enseña, en efecto, y la Ciencia Oculta afirma, que jamás hubo *Creación*, en el sentido vulgar de la palabra, sino que han existido eternamente períodos alternos de actividad y de reposo, de igual modo que se suceden regularmente sobre nuestro globo los días y las noches, lo mismo que la muerte aparente del invierno reemplaza á la vida transitoria del verano que vuelve tras del invierno siguiente, y así sucesivamente.

Esos períodos de actividad, durante los cuales aparecen los Universos manifestados, se llaman MANVÁNTARAS; y los períodos de reposo, durante los cuales vuelven todas las fuerzas objetivas al estado subjetivo, en el seno de la SUBSTANCIA—ESPIRITU UNICO, se llaman PRALAYAS.

La duración de esos períodos alternos, aunque es inconmensurable y propia para producir vértigos al pensamiento humano, ha sido exactamente calculada por la Ciencia Oculta que conoce su extensión.

Pero la misma ciencia actual y el simple raciocinio, vienen en apoyo de esta doctrina y de estas afirmaciones.

Los sábios modernos confirman diariamente hechos que indican que el mundo manifestado de que formamos parte, presenta síntomas de desintegración.

Se apagarán los soles, así como se encendieron; y toda vida, en el sentido que damos á esta palabra, desaparecerá, para renacer bajo otras formas.

En cuanto á la razón, igualmente nos dice que la *Creación* es cosa imposible.

Sólo un momento existe en la eternidad:

—¡Siempre!

Sólo una ley existe en el infinito: **La Ley.**

Si no *hubiese habido nada* un sólo instante, la NADA hubiese existido siempre.

Tanto *antes* de la Creación como *después* de ella, existe la Eternidad.

¿Dónde buscar, dónde colocar el instante de la Creación?

¡No existe, no puede existir!

Hasta la química moderna misma se ve obligada á reconocer que nada se crea, que nada se pierde.

Todo se transforma.

Así como en el infinito sólo existe la SUBSTANCIA ESPÍRITU ÚNICO, sólo hay y puede haber una ley; y ningún Dios *fuera* del Universo, como tampoco ninguna voluntad fuera de la ley.

Si hubiese un Dios fuera ó más allá de los universos manifestados, éstos le pondrían límite. Por consiguiente, no existiría; porque si á lo Eterno, á lo Infinito, á lo Absoluto, se pudiese fijar límite, dejaría de ser lo Eterno, lo Infinito y lo Absoluto, y sería preciso buscarlo en otra parte.

Si existiese fuera de la Ley una Voluntad, sería ésta superior á la Ley; por tanto, esa Voluntad sería la Ley; y siendo la inmutabilidad el caracter de la Ley, no puede descubrirse el momento en que hubiese dejado de obrar y aquel en que obrara.

Una Ley obra siempre.

Pueden compararse los períodos de actividad ó manifestación (Manvantaras), y los períodos de reposo ú obscuración (Pralayas) al doble movimiento rítmico del corazón, que impele la sangre hacia todo el cuerpo, y la recibe de nuevo, cuando ha recorrido su cielo y vuelve trayendo todos los elementos que ha adquirido durante su curso.

En lo Infinito, en el GRAN TODO UNICO, se produce un gran latido rítmico, del que alternativamente emanan las formas transitorias, á través de las cuales circula y se desarrolla el ESPÍRITU UNICO, y las que vuelve á absorber, cuando, por su medio, han sido adquiridos la *Experiencia* y el *Conocimiento*.

Así, pues, no existe Dios alguno del tipo humano fuera de la creación: un Dios que primero no haya querido esto ó lo otro, y después lo haya querido; sólo existe la LEY, la LEY sola, que es EL MISMO, pues es su manifestación.

III.—LAS VERDADES EN QUE SE FUNDA EL BUDDHISMO SON NATURALES. HAN SIDO ENSEÑADAS, SEGÚN CREEMOS, DURANTE KALPAS Ó PERÍODOS SUCESIVOS DEL MUNDO, POR CIERTOS SERES INSPIRADOS, LLAMADOS BUDDHAS; LA PALABRA BUDDHA SIGNIFICA ILUMINADO.

Todas las verdades son *naturales*. No puede haber en la Naturaleza cosa alguna *sobrenatural*, es decir, por cima ó fuera de la Naturaleza, ó sea de la LEY que es *única* y *absoluta*.

Lo que las Religiones llaman *misterios* y *milagros*, son simplemente aplicaciones ó manifestaciones de la Ley que trascienden de nuestro saber y comprensión actuales.

Si viésemos á un hombre andar sobre las olas ó elevarse en el aire, sin apoyo alguno, lo que muy bien puede suceder y sucede, como lo demuestran los fenómenos de *levitación* perfectamente comprobados, no deberíamos creer en un milagro, sino sencillamente reconocer que nos encontrábamos en presencia de un fenómeno natural, cuya explicación todavía ignoramos, y en su consecuencia, buscarla.

Enseña la Teosofía que no existe ni puede existir el milagro, y que negar un hecho nuevo porque nos parezca extraordinario, ó declararlo imposible *á priori*, es una simple prueba de ignorancia.

No concluyen las *posibilidades* donde nuestra ciencia y nuestros alcances intelectuales se detienen. Aumentemos la primera y desarrollemos los segundos, y veremos ensancharse indefinidamente, sin interrupción alguna, el círculo de las posibilidades.

El Buddhismo es la única religión que no atribuye su origen á milagro ni á la voluntad de una deidad determinada.

Todo cuanto existe es natural. La religión es sólo la enunciación, bajo una forma simbólica, materializada y puesta al alcance de las masas, de las grandes verdades que resultan del conocimiento más profundo y extenso posible de las distintas manifestaciones de la *Ley Unica*, á que se llama Leyes de la Naturaleza.

Esas verdades no han sido enseñadas ni por Dios ni por mensajeros suyos, sino por seres que han evolucionado ó se han desarrollado más que los hombres anteriores ó actuales. Ésos seres más avanzados han adquirido la ciencia de aquellas Leyes, y dan á conocer, bajo una forma sintética y simplificada, como ya hemos dicho, todo aquello que el cerebro de las razas á que se dirigen puede concebir ó admitir en épocas en que ha llegado su hora, conforme á leyes determinadas que obran con regularidad.

Aquellos *Buddhas* son los que la Teosofía y la Ciencia Oculta llaman *Iniciados*, *Maestros*, *Adeptos* ó *Mahamanx*; seres que han recorrido todas las etapas de la Humanidad, y que ayudan después á sus hermanos menos adelantados.

Toda la Humanidad alcanzará un día ese grado de saber y de desar-

rollo que se asemeja á la idea que los occidentales forjan de su Dios antropomórfico; y un día nos llegará nuestra vez, en *Manántaras* venideros, de prestar auxilio á otras Humanidades que, bajo otros aspectos y en otras condiciones nos han de suceder, porque *si todo continúa, nada se repite*.

IV.—EL CUARTO MAESTRO DEL KALPA ACTUAL FUÉ SAKYA-MUNI Ó GAUTAMA BUDDHA, DE REGIA ESTIRPE, QUE NACIÓ HACE UNOS 2500 AÑOS. ES UN PERSONAJE HISTÓRICO, Y SU NOMBRE ERA SIDDHARTA GAUTAMA.

Así, pues, nada de maravilloso ni de sobrenatural; ninguna intervención milagrosa ni pretensiones divinas encontramos en el origen del Buddhismo.

Es la única religión que se ofrece á los hombres bajo ese aspecto razonable, sencillo y puramente científico.

Bastaría esto sólo para demostrar que el Buddhismo se halla más próximo á la verdad, iluminado todavía por los rayos directos de la Religión y de la Ciencia Unicas.

En efecto, toda verdad que se aleja de su origen, que pasa por tradición de boca en boca, se convierte en leyenda, recargándose en su camino de una porción de elementos extraños que la agobian, la envuelven, la desfiguran, y finalmente la diztrazan casi en absoluto, lo mismo que el diamante, hijo de la luz y del calor, acaba por cubrirse en las entrañas de la tierra, de una ganga compacta que le dá el aspecto de una piedra vulgar para *el que no ha aprendido á reconocerlo*.

Esa ganga se llama en las Religiones la *Letra que mata al Espíritu*.

Así, todas las Religiones poseen su *Esoterismo*, es decir, aquella explicación cuidadosamente ocultada para el vulgo, incapaz de comprenderla, la cual determina la conexión de aquellas con la Unica RELIGIÓN de la SABIDURÍA, cuyas Enseñanzas aparecen al nacimiento de todas las Humanidades, en la hora necesaria y propicia.

(Continuará).

UN ENCANTADOR DE SERPIENTES

Se llamaba Bichounath, natural de Indora, y el espectáculo que voy á referir, tuvo lugar el 15 de Junio de 1879. Sus cabellos eran de un negro azabache y las puntas de su larga barba, partida en dos, las llevaba según la costum-

bre de los Rajpoutas, por encima de las orejas; sus facciones regulares y sus ojos brillantes denunciaban el tipo ariano más puro. Su cuerpo oscuro y delgado estaba desnudo hasta la cintura, menos sus espaldas, semicubiertas por una tela flotante, colocada á manera de banda; el resto de su vestidura se componía de una saya que caía desde sus caderas hasta los piés; un turbante blanco cubría su cabeza.

Nos mostró varias cobras (serpiente de anteojos) que llevaba en una canasta redonda y cerrada, de donde hizo salir una, que puso en el suelo de la sala en que nos encontrábamos. El reptil enroscándose sobre sí mismo permaneció sin hacer ninguna manifestación hostil.

El encantador tomó entonces su flauta, fabricada con una calabaza seca y se puso á tocar un aire dulce de agradable melodía, á cuyos acordes la serpiente irguió la cabeza por encima de sus anillos, desplegó el abanico de su cuello, y sacando su delgada lengua, empezó á balancear la cabeza al compás de la música.

Como yo había leído muchas veces que los encantadores arrancaban á estas serpientes sus depósitos venenosos, haciéndolas inofensivas, hice preguntar á nuestro hombre por uno de los espectadores —un Parsi— si la que nos enseñaba no había sufrido esa operación. Contestó que no, y tomando á la serpiente por el cuello, le abrió la boca con un palo y nos mostró sus delgados y encorvados colmillos, provistos de cada lado de la mandíbula de la vesícula que segrega el veneno. Para mayor seguridad nos propuso darnos la prueba de que era realmente venenosa, y nos pidió un pollo. Se le trajo uno, que el encantador tomó por las alas, presentándoselo á la serpiente, después de haberla irritado con algunos movimientos amenazadores. El reptil parecía enfurecido y movía con rapidez su lengua, desplegando su capuchón y silbando sordamente. Cuando el pollo estuvo suficientemente cerca, echó atrás su cabeza y la lanzó en seguida dos veces sobre el pobre animal.

La segunda vez, por un descuido del encantador, fué éste mordido en una mano. Una ligera gota de sangre salió de la herida, y todos nosotros lanzamos una exclamación de espanto. Pero Bichounath tiró el pollo al suelo, abrió una pequeña caja de estaño que llevaba consigo, sacando de ella un pequeño disco óseo, el que aplicó á la gota de sangre, y después de haber dejado á la mano en reposo durante uno ó dos minutos, siguió usando de ella cual si nada hubiera ocurrido.

El disco de hueso quedó adherido á la piel como si se hubiese fijado en ella con pega-pega. Durante este tiempo, el pobre pollo se sacudía sobre el

suelo, estremecimientos nerviosos empezaron después á recorrer su cuerpo y murió. Evidentemente la serpiente poseía sus colmillos venenosos.

Nuestra atención se fijó en seguida sobre el encantador, temiendo verle caer víctima de su temeridad; pero él nos aseguró que el asunto no tenía importancia alguna y que la *pedra de serpientes* no tardaría en chupar todo el veneno.

Estando con esto vivamente exitada mi curiosidad, pedí al encantador me permitiese examinar de qué modo la piedra se mantenía unida al cutis, y habiéndolo consentido, tiré de aquella y levanté toda la piel del dorso de la mano sin que la adherencia se desprendiese. Algunos minutos después la piedra cayó por sí misma y el encantador declaró que todo había concluído y que él no sentía nada.

En respuesta á las cuestiones que le hicimos, nos dió los datos siguientes: el disco que tiene tan maravillosa propiedad, es un hueso del grueso de un botón de chaleco, que se encuentra entre la piel y la mandíbula superior de una cobra; sobre cincuenta ó sobre cien de estos reptiles que se encuentran, uno está provisto de tal hueso; los otros no lo tienen y su posesión por uno de ellos lo hace rey en su especie, razón por la que se le llama, *Cobra-Rajá*. Los encantadores de serpientes abren la boca de todas las cobras que logran agarrar para ver si tienen el precioso huesito, que se halla también en otra serpiente, la *anaconda*, en un gran sapo amarillento é igualmente en el elefante. Todo animal que lo posee es el rey de su especie. Para probarnos que aquel era un verdadero talismán, poseedor de una virtud real, se puso á escitar á la serpiente, como la primera vez, hasta que la enfureció, y tomando entonces su disco de hueso entre el pulgar y el índice, lo aproximó al reptil, el que con gran sorpresa nuestra, retrocedió vivamente, como lo haríamos nosotros si se nos presentase un fierro rojo junto á la cara. Acto continuo el reptil empezó á balancearse de derecha á izquierda como presa del terror ante el objeto misterioso ó como si se encontrase bajo alguna influencia magnética. El encantador le seguía en todos sus movimientos, sin darle descanso, hasta que la serpiente dejó de silvar, replegó su capuchón, disminuyó el movimiento de vaiven de la parte superior de su cuerpo, y finalmente, asentó la cabeza sobre sus anillos. El encantador terminó la operación colocando la piedra sobre la cabeza de la cobra.

Siguiendo atentamente las faces de la experiencia, llegué á esta alternativa: ó bien el hueso poseía realmente el poder que le atribuía el encantador, y el peligroso reptil había sido educado para el manejo al cual se entregaba en nuestra presencia. Para saber por fin, á qué atenerme, pedí al encanta-

dor el hueso, con el que quise experimentar yo mismo. Comenzé por hacer poner á la *cobra* en furor, vigilando, como se puede creerme, todos sus movimientos con la atención más sostenida y pronto á retirar la mano, si aquella tomaba la posición de picarme. Las señoras protestaron vivamente contra la extravagancia de mi temeridad, y H. P. Blavatsky me llenó de injurias. Persistí, sin embargo, por amor á la ciencia. Habiendo la *cobra* llegado al estado de furor conveniente, le presenté le *pedra de serpientes*, y la ví, con placer, conducirse exactamente como lo había antes hecho con el encantador. Terminé también la operación colocándole el hueso sobre la cabeza.

Después del consiguiente regateo sobre el precio, sin el cual no se puede operar ninguna transacción en el Oriente, me hize poseedor por algunas rupías (2 fr. 40 la rupía) de la piedra de serpientes, que he llevado largo tiempo en mi saco de viaje para el caso en que alguno, mordido por una *cobra*, se hubiere dirigido á mí; pero, no he tenido jamás la ocasión de ensayar su eficacia.

S. H. ÓLCOTT.

POR LAS PUERTAS DE ORO

Por M. C.

(CONTINUACIÓN)

Generalmente se considera que es un don innato, y esta creencia debe de resultar de una falta de reflexión, ó de un desconocimiento de los hechos de la naturaleza.

La grandeza solo puede alcanzarse por el crecimiento, y esto lo vemos de continuo. Las montañas mismas; nuestro mismo globo, son grandes en virtud de un modo de crecimiento especial á su estado de materialidad: la acumulación de átomos.

Conforme la conciencia inherente á todas las formas que existen va pasando á otras formas más adelantadas de la vida, adquiere mayor actividad y adquiere en igual proporción el poder de crecer por asimilación, en vez de hacerlo por acumulación.

Encarada la existencia bajo este punto de vista, es lógico suponer que, á medida que adelantamos del punto en que estamos colocados, el poder de creci-

miento por asimilación debe de ser mayor, y podrá transformarse tal vez en un método más rápido, fácil é inconsciente.

El Universo encierra magníficas promesas para todo aquél que quiera alzar los ojos y ver. ¡Alzar los ojos y ver! esa es la primera necesidad y la primera dificultad, debido á que estamos habituados á contentarnos fácilmente con lo que encontramos al alcance de nuestras manos. Es la característica esencial del hombre de genio, que no se satisface solamente con el que está cerca, sino que aspira, además, al que se halla en las alturas.

No necesita del sentido del tacto para estimular su deseo; sabe que ese lejano fruto, que ha percibido sin recurrir á los sentidos físicos, es un alimento más sutil ó más substancial que todos los demás, y cuando lo prueba nota que su sabor es dulce y confortante, y se siente penetrado de una sensación de vida, enteramente nueva. Cuando esto sucede, ha reconocido la existencia de los sentidos sutiles, que alimentan la vida del hombre interior. Y es por la fuerza de este hombre interior, por su sola fuerza, que puede franquearse los umbrales de las puertas de oro.

III

Y ahora ¿cómo vencer la dificultad inicial de referir nuestro interés á lo invisible. Nuestros sentidos groseros se dirijen únicamente á lo que es objetivo, en el sentido ordinario de la palabra; para más allá de este campo de vida, existen sensaciones más refinadas que requieren sentidos más refinados.

Allí se encuentra el hilo que nos conducirá donde ambicionamos.

Bajo este punto de vista el hombre se asemeja á un centro de numerosos rayos ó líneas; si tiene bastante valor ó interés para desprenderse de la forma de vida más simple, el punto—y para explorar aunque más no sea que uno de estos rayos ó líneas—inmediata é inevitablemente se opera una expansión en todo su ser: el hombre comienza á crecer en magnitud.

Ahora bien, si aceptamos esto será evidente que es supremamente esencial no explorar una línea con más persistencia que otra; de otro modo el resultado sería una disformidad.

Sabemos cuán poderosa es la majestad de un árbol del bosque, que ha tenido bastante aire para respirar, bastante lugar para extender sus raíces, y bastante vitalidad interior para cumplir su incesante tarea. Obedece á la ley, perfectamente natural, del crecimiento, y de allí viene la admiración extraña que inspira.

PENSAMIENTOS

El Espíritu del hombre prueba el espíritu de Dios, como una gota de agua indica la fuente de donde procede. Si á uno que no haya visto nunca agua, se le dice que existe el Océano, debe ó creerlo ciegamente ó desecharlo por completo. Pero que caiga una gota de agua en su mano, y ya tiene un hecho, del cual puede inferir el resto; y puede después, por grados, comprender la existencia de un Océano ilimitado é insondable. La fe ciega no sería una necesidad para nadie, si en lugar de ella existiese *el SABER*. Cuando uno vé un hombre mortal, desplegando facultades inmensas, dominando las fuerzas de la naturaleza, y dirigiendo la vista al mundo del espíritu, la inteligencia reflexiva es abrumada por la convicción de que, si el *Ego* espiritual de un hombre puede tanto, las facultades del ESPÍRITU PADRE deben ser relativamente tan inmensas, como las del Océano con respecto á una sola gota de agua, en volumen y poder. *Ex nihilo nihil fit*. ¡Mostrad el alma humana bajo sus maravillosos aspectos, y demostrareis á Dios!

H. P. Blavatsky. (Isis sin Velo).

*
* *

La ciencia es armonía. Las fórmulas algébricas son las armonías de los números. El Universo es el arpa de Dios. ¿Quién traduce esas armonías á la percepción humana? El genio que en sus notas musicales adivina y canta la melodía eterna. La música es el ala en que el espíritu flota en el eter y descubre mundos de armonía y presiente siempre otros más allá.

Carlos Encina. (Inédito.)

*
* *

La alta ciencia está reservada á los hombres que son dueños de sus pasiones, y la casta naturaleza no dá las llaves de su cámara nupcial á los adúlteros. Hay dos clases de hombres: los hombres libres y los esclavos. El hombre nace esclavo de sus necesidades, pero puede libertarse por la inteligencia. Entre aquellos que están ya libres y los que no lo están aún, la igualdad no es posible. Corresponde á la razón reinar y á los instintos obedecer. De otro modo, si encargais á un ciego la conducción de otros ciegos, caerán todos en los abismos. La libertad es la obediencia voluntaria de la ley; es el derecho de hacer su deber y solo los hombres razonables y justos son libres.

Así, pues, los hombres libres deben gobernar á los esclavos, y los esclavos están llamados á manumitirse, no del gobierno de los hombres libres, sino de esa servidumbre de pasiones brutales que los condena á no existir sin amos.

Admitid, ahora, con nosotros, la verdad de las altas ciencias; suponed un instante que existe en efecto una fuerza de la que es posible apoderarse y que somete á la voluntad del hombre los milagros de la naturaleza, y decidnos si se puede confiar á las brutalidades ávidas los secretos de la simpatía y de las riquezas, á los intrigantes, el arte de la fascinación, á los que no saben conducirse ellos mismos, el imperio sobre las voluntades? Uno se espanta al soñar en los desórdenes que puede ocasionar tal profanación. Sería necesario un cataclismo para lavar los crímenes de la tierra, después que todo se hubiera abismado en el lodo y en la sangre.

Y bien! Ved lo que nos revela la historia alegórica de la caída de los Angeles en el libro de Henoch; ved el pecado de Adán y sus consecuencias fatales; ved el diluvio y sus tempestades; después, más tarde, la maldición de Canaan. La revelación del ocultismo está figurada por la impudencia de ese hijo que muestra la desnudez de su padre. La embriaguez de Noé es una lección para el sacerdocio de todos los tiempos. ¡Desgraciados aquellos que exponen los secretos de la generación divina á las miradas impuras de la multitud! Tened el santuario cerrado, vosotros que no queréis entregar á vuestro padre dormido á las risas de los imitadores de Cam!

Eliphaz Levi. (Historia de la Magia).

REVISTAS TEOSÓFICAS RECIBIDAS

Sophia, Madrid, Octubre 1898. Esta revista, siempre llena de interés, trae el siguiente material: Carácter esotérico de los Evangelios, por *H. P. Blavatsky*.—Génesis (continuación), por *D. Arturo Soria Mata*.—Nuestros antecesores teosóficos más inmediatos, por *Isabel Cooper Oakley*.—Y la continuación de las notables conferencias de *Annie Besant* tituladas: «Cuatro grandes religiones». Creemos hacer un servicio á nuestros lectores recomendándoles esta importante Revista tan provechosa por los bien meditados trabajos que publica constantemente. Su dirección es: Madrid, calle Atocha 127, duplicado 3º.

Teosofía.—Roma, Setiembre 1898.—Publica: «La Sociedad Teosófica», por *Decio Calvari*.—«Corroboración científica de la Teosofía», por *Olga Giaccone*.—La «Reencarnación», por *Th. Pascal*.

Revue Theosophique, Le Lotus Bleu.—París, Setiembre 1898.—«Los Anales akásicos», por *Leadbeater*.—«El hombre y sus cuerpos», por *Annie Besant*.—«Variedades ocultas», por *Leadbeater*.—«Preguntas y respuestas», por *id.*—«Colorario y pensamientos», por *H. P. Blavatsky*.

The Theosophist. Madrás.—«Antiguas hojas de un diario» (continuación), por *H. S. Olcott*.—«Ciclos y cronología india», por el Dr. *H. Schleiden*.—«El sistema de las castas en la India», por *Saris Basu*, etc.

The Theosophical Review, Londres.—«La Alquimia y la Gran obra», por *A. Wilder*.—«Los sibilistas y los sibilinos», por *Mead*.—«La educación de la raza humana», por *Lessing*.—«La estructura de la Religión», por *Annie Besant*.—«Frates Lucis», por *Cooper Oakley*, etc.

The Váhan (el vehículo)—Londres, Octubre 1898.

AGRADECIMIENTO

La conocida publicación «*Le Lotus Bleu*», que se edita en París, se ocupa de nuestra Revista, en su número correspondiente al mes de Setiembre último, en términos afectuosos que agradecemos íntimamente, enviando á tan distinguido colega, nuestros votos porque continuos éxitos coronen sus esfuerzos en la propaganda de nuestras doctrinas y en la lucha por la verdad.
